

## Xavier Zubiri. *In memoriam*

En sana lógica a la frase «Zubiri ha muerto» no debería seguirle otra cosa que una meditación sobre la filosofía y la muerte, dado que él fue entre nosotros prototipo viviente de la primera y ahora, el 21 del 9 del 83, a los cien años del nacimiento de Ortega, le ha ocurrido la segunda. De la anticipación imaginativa de la propia muerte y como reculaje, por el principio de acción-reacción, emerge la filosofía con todas sus adherencias. Los hombres somos mortales y, al cobrar conciencia de ello, *morituri*, esto es, seres que se ejercitan en atrapar conceptivamente ese paso crucial desde esta «imitación móvil de la eternidad» a la definitiva, como quiera que ella sea. También para Zubiri, por supuesto, tras los excursos eruditos y el bosque de tecnicismos y jergas, las dos preguntas que animaban su pensamiento y daban vida a sus libros y cursos eran: ¿qué va a ser de mí? y ¿qué he de hacer con mi vida?. Nosotros ahora, ya que no vamos a hacer lo que «deberíamos», intentaremos hacer cuando menos lo que debemos: «vengar» su muerte, recordándolo en lo mejor de sí mismo, en sus obras. *Opera enim illorum sequuntur illos.*

Es triste pensar que su muerte les haya podido venir bien a quienes piensen doctorarse sobre temas suyos, que serán muchos. Así ya dejarán de temer que pueda «sorprenderles». Porque soy de los que piensan que conservaba una sorprendente vitalidad mental. Pero así es la vida. Algunos *modistos* hace tiempo ya que «le daban por muerto». Otros, almas feas igualmente, temían en cambio que estuviera demasiado vivo y pu-

diera «cambiar» en cualquier momento, precipitándose incluso a interpretar, asustados o regocijantes, el hecho de que fuera enterrado en el cementerio civil. Mas así no debería ser la vida.

Yo pude haberle conocido a través de un amigo común, discípulo suyo, pero lo fui dejando, dejando... y ahora no me queda sino lamentarlo. La reacción ante la noticia fue ponerme a leer *Naturaleza, Historia, Dios*, donde están los artículos más vigorosos y bellamente escritos de cuando era joven. Conociendo las publicaciones posteriores, se comprueba que prácticamente estaba ya todo *in nuce* en aquel libro afortunado, y algunas ideas muy importantes en redacción definitiva. Por lo menos cuatro grandes tópicos zubirianos van a seguir siendo admirados o discutidos en el futuro: su visión de la filosofía griega, su doctrina de la religación, la inteligencia sentiente y su teoría de la esencia. Los dos primeros fueron tratados a pulso en este primer libro, y los otros dos son estrictamente coherentes con lo que en él se insinuó.

Allí aprendimos que la operación de la mente griega frente a la sabiduría indo-irania (que a veces coincide en los contenidos) se caracterizó por «un hacer que consiste en no hacer con el universo nada más que dejarlo, ante nuestros ojos, tal como es» (p. 213), y los cuatro pasos que esa mente griega había dado antes de llegar a Sócrates: 1) la sabiduría como posesión de la verdad de la Naturaleza (los jonios). 2) La sabiduría como visión del ser (descubrimiento casi sobrehumano, que realizan Heráclito y Parménides, de la implicación entre *physis* y *eînai*). 3) La sabiduría como ciencia racional de las cosas (sin olvidar del todo la Naturaleza, estudio de las naturalezas). 4) La sabiduría como retórica y cultura (son los sofistas). Y aprendimos a calibrar lo que supuso el repliegue de Sócrates, retirándose a su casa y a sus amigos, y la faena de Platón al hacer consistir las cosas en la Idea. O cómo Aristóteles cifraba el origen de la filosofía unas veces en la admiración y otras en la «melancolía», y el enlace solapado entre el Dios de Aristóteles y el Absoluto de Hegel, etc.

Contiene ese libro setenta páginas muy cuidadas sobre las diferencias de los enfoques de Heisenberg y Schrödinger para

la formulación de la mecánica del átomo y cuestiones afines, con sus consecuencias filosóficas sobre la «naturaleza» de la naturaleza física. Están redactadas (o mejor, publicadas) en 1934 y los premios Nobel les habían sido otorgados a aquellos dos genios en 1932 y 1933 respectivamente<sup>1</sup>. Pero contiene otras setenta y tantas páginas sobre las diferencias de los cauces teológicos que, para expresar el dogma, siguieran los padres griegos y los padres latinos. Un libro, por lo tanto, en el que podían aprender cosas sustantivas sobre sus respectivas materias el profesor de Historia de la filosofía, el de Física y el de Teología. Historia, Naturaleza, Dios.

### *Vida y obras*

La obra de Zubiri es tan aséptica como pudiera serlo la de un matemático, un físico o un biólogo. Si, en una hipótesis absurda, un español del año dos mil y pico no dispusiera de otra fuente de información, no habría forma de que llegara a saber a ciencia cierta que hubo una guerra civil (a nuestro filósofo le sorprendió en Roma), que Zubiri había recibido las órdenes sacerdotales (en 1920?) y más tarde (1935?) se secularizó, o que en 1942 renunció (retirándose como Sócrates?) a la cátedra de Historia de la filosofía, que había obtenido en 1926 para la Universidad de Madrid, pero que desde 1940, por traslado forzoso, ejercía en Barcelona. De lo único *mundano* que se enteraría, por los dos únicos temas que trató en los periódicos (el *ABC* y el *YA*), sería de que fue en Madrid discípulo, *hechura* suya, de Ortega y Gasset, y de que catorce meses antes de morir se le murió un amigo banquero, Juan Lladó (del Banco Urquijo), al que con un mes de retraso dedicó unas reflexiones hondamente meditadas y sentidas.

1. Si a este artículo añadimos el apéndice que sobre la realidad de lo matemático dejó en *Inteligencia y Logos*, y otros pasajes sobre biología y psicología, concluiríamos que nadie como él estaba preparado entre nosotros para hacer lógica y filosofía de la ciencia a la altura de los tiempos. Dejó cosas que algunos ni sospechaban, pero soy de los que lamentan que no se entregara con más dedicación al asunto. Cuando un país llega a tener filósofos como Zubiri, eso quiere decir que o ya se hace ciencia de altura en él o que muy pronto la habrá. Es inevitable, por aquello de las adherencias.

En el artículo del *ABC* dice Zubiri que, aunque siguió una ruta diferente, el rigor mental para recorrerla se templó al calor de Ortega. El mismo Ortega se lo dijo a Zubiri un día ante una casa en construcción: «Si usted y yo trabajáramos en esa casa, nos verían desde la calle en lo alto de un andamio peleándonos por el Uno de Parménides». Dicho en plata, esa ruta diferente no era otra que la ruta de la religación (que condujera a ella o partiera de ella da lo mismo ahora). Recordando —dice Zubiri— la frase de Descartes, según la cual alguna vez en la vida hay que ponerlo todo en duda, Ortega continuó diciendo: «menos la vida misma». Y bien, añadimos nosotros, esa vida se le presenta a Zubiri ya de inmediato, además de abierta a las cosas, como constitutivamente *religada* a la deidad, al poder de lo real, que es lo que «hace que haya» lo que hay (*NHD*, p. 451). La realidad me fundamenta en tanto que última, posibilitante e impelente<sup>2</sup>. Sólo ese supuesto ontoló-

2. Me temo que la religación en último análisis se resuelva en *sentimiento* de religación: sentirse religado a aquello que hace que haya lo que hay, y que nos hace existir a nosotros. Y creo que es un sentimiento, respuesta a algo más radical, que le ocurre al hombre al sentirse desconcertado entre lo que hay (sentirse solo en el universo): el deseo de que haya Algo más de lo que hay a la vista, pero que desgraciadamente no podemos saber de buenas a primeras que lo haya efectivamente o no lo haya, por más que deseemos que lo haya y pueda parecernos razonable que debiera haberlo. Unamuno, por ejemplo, a quien no recuerdo que Zubiri cite ni una sola vez (seguramente que esa ausencia está suplida con su propia noción de *inquietud* y sus alusiones a San Agustín, aunque insista en que su inquietud es más primaria que la que se mueve en el plano de las aspiraciones), Unamuno digo, no cabría, a no ser que previamente se le desvirtuara por completo, en el apartado de *la soberbia de la vida*, que Zubiri expone quizá un tanto ensobrecido en las págs. 461-466 de *NHD*. No digo yo que lo incluya, por supuesto, sino que si esa doctrina pretendiera incluirlo, yo me negaría en redondo y encontraría motes para ella. Cosa bien distinta sería referida solamente a los que con plena advertencia se *desliguen* del *problema* o se burlen frívolamente de él. Mas para esos, en todas sus variedades, dejó escritas Unamuno palabras no menos gruesas. En fin, creo que la abierta renuncia de Zubiri a la *teodicea*, y su *vía* de la religación (en la que no me escandalizaría que, si pretendiera sobrepasar el *status* de un mero planteamiento más del problema, alguien olfateara cierto tufo de un peculiar ontologismo) a lo único que puede acercarle es a un tipo de “prueba” *razonable*, de rango probativo análogo a la prueba moral kantiana (en el fondo y a lo sumo el rango demostrativo en el que los escolásticos colocaban las demostraciones que no lo eran *demonstrative*, sino sólo *persuasive*). Dicho de otra manera, el *hecho* zubiriano de la religación no creo que pueda tener más pretensiones que la kantiana constatación de nuestra disposición para la metafísica como “disposición na-

gico de la religación hace posible que el hombre sea capaz de recibir la Revelación (p. 438); y Zubiri la recibe. Es este el paso que el discípulo da por su cuenta y en el que el maestro no le acompaña.

Xavier Zubiri Apalategui había nacido en San Sebastián el 4 de diciembre de 1898. Parece ser que el parto se presentó con serias dificultades. Zubiri se divertía contando cómo el médico trataba de consolar a los padres diciéndoles: «Es muy posible que el niño muera, pero no deben ustedes sentirlo mucho, porque si sobreviviese y saliese adelante, lo más fácil es que fuese tonto».

Cursó el Bachillerato en el Colegio Católico de Santa María, de su ciudad natal, se licenció en Filosofía en el *Institut Supérieur de Philosophie* de la Universidad de Lovaina (1920), y se doctoró en Teología y Filosofía en Roma (1920) y Madrid (1921) respectivamente<sup>3</sup>. También asistió a cursos de filosofía impartidos por Husserl y Heidegger; de matemáticas, impartidos por Zermelo, La Vallée-Poussin, Rey Pastor; de física, impartidos por Schrödinger, Luis de Broglie, Julio Palacios; así como a otros de eminentes profesores de biología y de lenguas orientales.

Ante esta impresionante panoplia de maestros uno duda que sentir envidia en este caso pueda ser pecado. Si Aristóteles, después de cargar las baterías durante veinte años en la casa de Platón, se expandió creadoramente en todas las direcciones, Zubiri en su etapa de formación acudió a todas las direcciones, para desde esta apoyatura múltiple concentrarse en la metafísica. Si hubiera que ponerle algún reparo, éste sería el de haber descuidado la dirección poética, muy presente en Aristóte-

tural". A mi entender, en Kant no sólo confluyen las filosofías anteriores, sino que la suya puede servirnos de espectroscopio para calibrar la trayectoria y "desviaciones" a una u otra banda de los astros filosóficos posteriores a él.

3. Estos datos y parte de los que siguen están tomados de la presentación del *Homenaje a Xavier Zubiri*, Editorial Moneda y Crédito, Madrid, 1970, publicado en dos tomos de ochocientas páginas cada uno, con motivo de haber cumplido Zubiri setenta años en 1968.

les, y que Zubiri habría suplido con su amplia dedicación a la teología. Tampoco creó en otros campos como lo hicieran Descartes, Leibniz, Kant o Russell y Whitehead, pero su ontología puede resultar fundamentadora para la biología y la psicología.

En el frontis de la escuela de Madrid, el grupo en torno a Ortega, yo creo que estaba tácitamente escrito: nadie pase sin escribir bien el castellano. Carlos Baciero (en YA, 25-IX-83) dice haber escuchado a Zubiri más de una vez: «Creía Heidegger, y así también los alemanes en general, que su lengua está mejor dotada y estructurada que ninguna otra para la expresión filosófica; pero yo estoy convencido, y así se lo dije alguna vez a Heidegger, que el español ofrece insospechadas posibilidades para formular con el máximo rigor los conceptos filosóficos».

Ignacio Ellacuría distingue tres etapas en la evolución del pensamiento de Zubiri: etapa de *formación*, que se clausuraría con la publicación de *Naturaleza, Historia, Dios* en 1944; etapa de *maduración*, a la que pertenecerían los Cursos privados y públicos impartidos entre 1945 y 1962, año en que se publica *Sobre la esencia*; etapa de *madurez*, desde 1962 en la que, además de *Cinco lecciones de filosofía* (1963) y otras publicaciones y Cursos<sup>4</sup>, tiene lugar la aparición de la trilogía sobre la

4. Otras publicaciones zubirianas son las siguientes:

*Ensayo de una teoría fenomenológica del juicio*, Madrid, 1923. Es su tesis doctoral.

"Sobre el problema de la filosofía", *Rev. de Occidente*, 1.ª ép., n.º 118, 1933.

"El hombre realidad personal", *Rev. de Occidente*, 2.ª ép., n.º 1, 1963.

"El origen del hombre", *Rev. de Occidente*, 2.ª ép., n.º 17, 1964.

"Notas sobre la inteligencia humana", *Asclepios*, V, XVIII-XIX, 1966-67.

Dos prólogos para dos libros de Olegario González de Cardedal, 1964 y 1967.

"La dimensión histórica del ser humano", *Realitas*, I, 1974.

"El concepto descriptivo del tiempo", *Realitas*, II, 1976.

"Respectividad de lo real", *Realitas*, III-IV, 1979.

"Ortega, un maestro", *Rev. de Occidente*, 3.ª ép., n.º 24-25, Mayo de 1983. Es sustancialmente el artículo del ABC.

Buena parte de los Cursos públicos impartidos por Zubiri desde que abandonó la cátedra fueron patrocinados por la Sociedad de Estudios y Publicaciones, fundación del Banco Urquijo, dentro de la cual funciona el Seminario Xavier Zubiri, que publica *Realistas*. Una lista de esos Cursos, que siguen inéditos en su mayoría, puede encontrarla el lector en la presentación del *Homenaje* citado en la nota anterior.

inteligencia humana: *Inteligencia sentiente* (1980), *Inteligencia y logos* (1982) *Inteligencia y razón* (1983). La muerte le ha sorprendido cuando se hallaba plenamente entregado a la redacción de nuevas obras sobre el problema de Dios, antropología y cuestiones cosmológicas; obras en las que por otro lado, a juzgar por lo que han dicho algunos miembros del Seminario Zubiri, me parece que no hay que esperar demasiadas novedades.

Era tal la ansiedad con que en cierto momento se esperaban en nuestro país las publicaciones de Zubiri, que cuando apareció *Sobre la esencia* lo compraron hasta las porteras.

De lo que no puede caber duda alguna es de que Zubiri ha sido uno de los pocos españoles que ha contribuido a llenar el deseo que él formulaba en 1931 al concluir su conferencia sobre «Hegel y el problema metafísico», recogida posteriormente en *NHD*: «Esperemos que España, país de la luz y de la melancolía, se decida alguna vez a elevarse a conceptos metafísicos». En octubre de 1982 Xavier Zubiri y Severo Ochoa se abrazaban ante el Rey, al recibir conjuntamente el Premio Ramón y Cajal, que se otorgaba en su primera edición. Por una vez un jurado español creó una estampa bella<sup>5</sup>.

### *La doctrina*

Cuando una tarde de enero de 1919 conoció Zubiri a Ortega, éste en la primera clase les dijo: «Vamos a contemplar, seño-

5. En la tercera de *ABC*, 26-XI-83, le dedicó Severo Ochoa un emocionado recuerdo a Xavier Zubiri. Cuenta cómo surgió la amistad de los dos matrimonios en el verano de 1936 en París. Alaba la «extraordinaria inteligencia y la cultura enciclopédica de Zubiri», así como su «especial interés» por la biología, sobre la que «poseía sorprendentes conocimientos», y que le llevaba a querer «enterarse con detalle de la naturaleza y sentido de lo que yo estaba haciendo». Una noche en Nueva York ellos dos y Lorente de No hablaron extensamente «de neurobiología, de la maravilla del cerebro humano y de la inteligencia». La conversación se alargó tanto, que el matrimonio Zubiri estuvo a punto de perder el tren que había de llevarles a Princeton, donde estaba Américo Castro, suegro de nuestro filósofo. Sigue diciendo nuestro Premio Nobel de Medicina que los dos grandes enigmas que les preocupaban eran el origen de la materia (o del átomo de hidrógeno), y el cerebro humano y la inteligencia. «Detrás del origen de la materia para Zubiri estaba Dios».

res, una lucha gigantesca entre dos titanes del pensamiento humano: entre Kant, el hombre moderno, y Aristóteles, el hombre antiguo». Pues bien, parece que Zubiri se ha propuesto en las dos obras fundamentales de la madurez nada menos que servir de alternativa a Kant en teoría del conocimiento, supliendo ésta con un análisis descriptivo del acto formal de la inteligencia humana que, por ser *sensu stricto* inteligencia sentiente, consiste en «sentir la realidad»; y hacer hoy las veces de Aristóteles en metafísica, frente a Heidegger, por ejemplo, a quien sin dejar de admirarle, se las tenía juradas desde tiempo atrás. Es fama que al despedirse de él en Friburgo, le dijo: No, Heidegger; el Ser no es eso que usted dice. Ya hablaremos de todo esto dentro de unos años.

En el fondo *Sobre la esencia* y la trilogía sobre la inteligencia son dos modos de consideración a través de los cuales se llega a lo mismo. Allí desde el lado de la realidad, aquí desde el lado de la inteligencia.

Como en otras ocasiones he dedicado comentarios a la última obra zubiriana, ahora me fijaré principalmente en *Sobre la esencia* (el lector interesado puede consultar el volumen de esta revista correspondiente a 1981, n.º 84, para *Inteligencia sentiente*, y esperar un próximo número de *Estudio Agustini* para *Inteligencia y logos e Inteligencia y razón*).

En realidad la obra sobre la inteligencia se gestó desarrollando ideas que ya aparecían en *Sobre la esencia* (págs. 65, 415, entre otras) y en otros ensayos, especialmente en el artículo de *Asclepios*, para responder a la demanda bastante persistente de un soporte crítico en que pudieran reposar las principales tesis mantenidas en aquella obra <sup>6</sup>.

6. Por ejemplo, J. M. Artola sacó en el número de *Estudios Filosóficos* correspondiente a Mayo-Agosto de 1963 un comentario amplio y muy duro en torno a *Sobre la esencia*. Le parece poco explícito Zubiri en cuanto a la caracterización de la inteligencia sentiente (p. 318), el concepto de ella resulta excesivamente vago (p. 320); en fin “toda esta larga y minuciosa especulación acerca de la esencia no hubiera podido ser llevada a cabo con los solos recursos de la inteligencia sentiente” (p. 322). Las referencias gramaticales, etimológicas, sin dejar de ser instrumentos útiles, por sí solas generan mera probabilidad (p. 330). Y quizá no falten quienes sigan pensando hoy lo

Decíamos que se trataba de hacer *hoy* lo que Aristóteles hizo entonces. Esto, contra lo que pudiera parecer a simple vista, le lleva a enfrentarse también con la teoría aristotélica. Diríamos que se conserva en buena medida la manera de hacer aristotélica, mas los hechos y supuestos de los que hoy hay que partir son hasta tal punto distintos de aquellos otros de los que partía el Estagirita, que los resultados son igualmente muy dispares, bien que sea en el marco del contraste con aquellos como mejor se los entienda. Para abordar hoy el problema de la esencia no podemos olvidar el radical cambio de perspectiva que han determinado, entre otras cosas, el marco de «funcionalidad» en el que se mueve la visión científica desde Galileo, Descartes y Newton, la teoría de la evolución y la variación radical e insospechada de las posibilidades actuales de la técnica, frente a la idea que de la misma pudiera tener el más avanzado de los griegos.

Zubiri comienza haciendo una introducción histórica al revés, quíerese decir, retrotrayéndose desde la filosofía actual hasta encontrarse con la concepción aristotélica. Así va rechazando las concepciones de la esencia como sentido (Husserl),

propio de la trilogía sobre la inteligencia. En lo que prefiero no entrar aquí es en otras acusaciones que este comentarista le hace, en el sentido de que Zubiri al hablar de la escolástica proceda globalizadamente y limitándose a los manuales (pp. 307, 313, 316 nota 9). Si hubiera algo de verdad en ello, y en cuanto un estudio pormenorizado de la selva escolástica le hubiera distraído o impedido de algún modo la obra que nos dejó, entonces yo soy de los que se alegra de que no descendiera a tanto detalle, pues en todo caso los buenos escolásticos de entonces obviamente no podían plantearse el problema de la esencia a la altura de nuestro tiempo. Y Aristóteles tampoco. De éste no me cabe duda que hoy lo primero que haría sería recorrer los laboratorios y trabajar en ellos (y en tiempos de Galileo, mirar por el telescopio). Empezaría por no ser poco que Zubiri, procediendo en esto al igual que Leibniz, y más tarde Brentano y Husserl, no se dedicara a alancear escolásticos, y que esa actitud "tradicional" no le impidiera estar atento a los últimos logros de las matemáticas, la física y la biología.

Otro ejemplo: Montero Moliner, en *Realitas* I, 1974, "Esencia y respectividad según Xavier Zubiri", alaba la doctrina de la *respectividad* y lamenta "la actitud crítica que hace que esa respectividad no sea considerada desde una perspectiva gnoseológica adecuada" (p. 440), así como el que no se compare con los numerosos precedentes doctrinales que cabría hallarse (p. 446). Se refiere este profesor a pasajes como aquel de Kant (*Cr. r. pura*, A 265 - B 321) en el que se dice que la sustancia misma "sólo es, a decir verdad, un conjunto de puras relaciones".

la esencia como concepto formal (Hegel), la esencia como concepto objetivo (Leibniz) y la esencia como correlativo real de la definición (Aristóteles), para dar paso acto seguido a la exposición de su propia doctrina de la esencia como momento estructural de lo real. Esta exposición se despliega en tres pasos sucesivos: 1) Acotando el ámbito de las cosas «esenciables». 2) Indicando dentro de este ámbito cuáles son las cosas que tienen esencia, las cosas «esenciadas». Y 3) determinando en qué consiste formalmente la «esencia» de estas cosas. A este apartado tercero le corresponde el capítulo noveno, al que dedica Zubiri más de trescientas páginas.

Para Aristóteles lo esenciable es la «naturaleza», el ente esenciado es la «sustancia», y la esencia misma es su especificidad. Ahora bien, en ninguno de estos tres puntos es satisfactoria la concepción aristotélica (p. 83). Y ello porque: a) Nuestra técnica, a diferencia de la griega, es capaz de producir artificialmente entes *naturales* (p. 84-85). Para Aristóteles los entes artificiales no tienen esencia (si sembráramos la cama de castaño y germinara, no brotarían camas, sino castaños (p. 77) ). Llamo la atención del lector sobre la continua atención de Zubiri a los resultados de las ciencias, y especialmente su amistad con Severo Ochoa. Justamente en esos años el hiato kantiano entre lo inorgánico y la vida parecía empezar a difuminarse. b) Se precisa una teoría que no identifique sin más realidad y subjetualidad, lo que lleva a Zubiri a introducir la distinción entre *sustantividad* (plenitud de autonomía entitativa) y *sustancialidad* (propia tan sólo de la realidad en cuanto subjetual), teniendo prioridad de rango en orden a la realidad la primera y no la segunda (p. 87). c) Aunque la esencia sea especificante, lo más radical de ella es su función *estructurante*, sin referencia formal a la pluralidad de individuos. Si así no fuera, no podría hablarse de esencia en las realidades que, por lo que fuese, no admitiesen multiplicación numérica (p. 91). Precisamente una de las doctrinas más originales la deja Zubiri en su tratamiento de la especie. En razón de todo ello, además de in-hesión, habla Zubiri sobre todo de co-hesión de notas.

En el sistema de notas que es cada cosa cabe distinguir

las notas adventicias y las constitucionales. Estas últimas como sistema clausurado y total constituyen la *sustantividad* (que eventualmente puede estar formada por más de una o incluso por muchas sustancias). Dentro del sistema de notas constitucionales, cabe fijarse en el *subsistema* de las notas *constitutivas* (aquellas que son *in-fundadas*, *autosuficientes* y *fundantes* de las demás) que es la esencia.

Las doctrinas zubirianas de la inteligencia sentiente y de la esencia le llevan a retornar polémicamente al tema tradicional de los trascendentales. Estos ahora quedan estratificados en simples y complejos. El primero de los simples es *res* (las cosas son «de suyo»), el primero de los complejos es *mundo* (las cosas son «de suyo» *respectivas*). Si la naturaleza produjera relojes, haría el reloj «antes» que las piezas, y Dios, tendríamos que decir, ha creado el mundo «antes» que las cosas (p. 335).

Ahora *res* y *ens* ya no son sinónimos como ocurría en la escolástica. El verbo más radical no es ser, sino estar. Estar en el mundo siendo, o todo lo que está y está en el mundo está siendo. Realidad, Mundo, ser. Esta es la fórmula y este es el orden (p. 437). Mundo importa respectividad. Los entes son respectivos los unos de los otros. Las cosas en cuanto son (entes) se le presentan a Zubiri como actualizaciones en el mundo (ser) de «lo que hay» (Realidad). Si hay una realidad extramundana, Dios, entonces *está* (en cuanto realidad) pero no *es* (en cuanto extramundano), sino que será un extra-ser y por lo tanto *extra* temporal, ya que el tiempo es modalidad de lo mundano (p. 436). Estar en el mundo es *estar siendo*<sup>7</sup>.

Todo reposa en que la inteligencia sentiente recibe como

7. Zubiri ha sabido convertir en riqueza filosófica la rica herencia de nuestra lengua, especialmente al contar en castellano con los dos verbos: ser y estar. Nada de extraño por otra parte que también en este sentido puedan rastrearse anticipaciones en el maestro Ortega. Ya en un texto de 1914 (cfr. O. C. VI, 252) escribía: "La misma diferencia que hay entre un dolor de que se me habla y un dolor que lo siento hay entre el rojo visto por mí y el *estar siendo* roja esta piel de la caja. Para ella el ser roja es como para mí el dolerme". Compárese con aquello de Zubiri en *Inteligencia y logos* (p. 351): "Si el hierro pudiera sentir su realidad, la sentiría como realidad férrea, férreamente actual en el mundo".

*primum cognitum* (p. 416) la impresión (inespecífica y por ello trascendental) de realidad. La inteligencia humana *siente* la realidad. El ser humano no es «comprensor del ser» ni es «morada y pastor del ser», sino que, frente a Heidegger, sencillamente es «animal de realidades» (p. 452). Los demás animales se caracterizan, para decirlo con Ortega, «por su existencia sonambúlica».

Por el hecho de que esa impresión de realidad trasciende el contenido de cada caso, resulta que toda «realización, sea en el orden físico u objetual, es en cuanto tal, raíz de otras propiedades» complicadas con las iniciales al ser puestas éstas y por el mero hecho de haber sido puestas o realizadas (p. 67). Tanto el teorema de Gödel como la vida propia de los personajes de ficción, que se independizan del autor, apuntarían a esa inagotabilidad de lo real. Tanto el que postula como el que fabula lo hacen desde la realidad, diciéndose: supongamos que «así fuera lo real». Por eso en ambos casos resultaría puesto más de lo supuesto<sup>8</sup>.

Al final de la Introducción de la *Crítica de la razón pura* (Intr. VII, en trad. Alfaguara, pp. 60-61) escribió Kant: «Como

8. Se trata sin lugar a dudas de una de las doctrinas más sugerentes de Zubiri. Para él además decisiva en cuanto "comprobación" de la potencia explicativa de su forma de entender la inteligencia y la realidad. Pero aquí se pueden formular muchas preguntas. ¿Alcanza su concepción de la realidad de lo matemático también a la lógica de primer orden? ¿No será en exceso despiadado su ataque a Leibniz en *Inteligencia y razón* y a Husserl al principio de *Sobre la esencia*? ¿Cómo explicaría Zubiri la completitud del cálculo de predicados de primer orden, que es lo que hace que ahí no puedan esperarse *sorpresas*, como si la realidad subyacente o como quiera llamársele hubiera sido *agotada*? ¿Apuntan al *mismo* tipo de limitación el teorema de incompletitud de Gödel y la situación creada en torno a la hipótesis del continuo? Sobre ésta es bien sabido que Gödel, pensando en platónico, sospechaba que, añadiendo nuevos axiomas para caracterizar mejor la idea de conjunto, podría esperarse una decisión acorde con la pregunta (platónica) de Cantor. Se trata, pues, de una limitación que acontece no a la par que la otra, sino dentro del marco por ella establecido. Me parece que Zubiri quedaría forzado a decir que no es imaginable un ser que fuera lógico sin tener sentidos, poniendo casi en el mismo plano al lógico y al biólogo, pongo por caso. Mi credo en cambio, formulado escuetamente sería: Hay una *seguridad* (la de la lógica, o al menos cierto núcleo de ella) y dos *revelaciones*: la experiencia y el anhelo (el deseo razonable, si se quiere). Respectivamente apuntan a: Lo que es y no puede no ser, Lo que es y puede no ser, Lo que no es pero puede (o hubiera podido) ser.

introducción o nota preliminar, sólo parece necesario indicar que existen dos troncos del conocimiento humano, los cuales proceden acaso de una raíz común, pero desconocida para nosotros: la *sensibilidad* y el *entendimiento*. A través de la primera se nos *dan* los objetos. A través de la segunda los *pensamos*. Y aquélla *precede* a éste. Pues bien, de hacer caso a Zubiri, sentir e inteligir, pese a su esencial irreductibilidad, no son dos actos distintos, sino tan sólo dos momentos de un único acto: sentir la realidad. Y a esta carta de la unidad estructural del sentir y el inteligir humanos se juega Zubiri toda su filosofía.

\* \* \*

Sólo catorce meses antes de morirse escribía Zubiri que no había *otra* vida, sino que la de aquí y la eterna eran la misma y única, que consistía no en hacer cosas sino en poseerse a sí mismo. Siendo la realidad inagotable, casa bien que la faena vital de poseerse a sí mismo se convierta en interminable. Con lo que su concepción del más allá no desentonaría de la kantiana (en cuanto inmortalidad dinámica) y la socrática. A Sócrates, recuérdese, lo que le gustaría hacer después de la muerte era seguir filosofando. Me acuerdo ahora del poema más corto de J. de la Iriega, poeta unamuniano: «Vita mutatur, non tollitur, ¡ojalá! ». Ojalá se repita la ocasión, aquí perdida, de comprobar si estas notas no han desvirtuado totalmente su filosofía y si ésta alcanzó la verdad bien redonda de lo que hay y de lo que hace que haya <sup>9</sup>.

M. FARTOS MARTINEZ

9. Un lógico que compatibilizara a Quine con Leibniz y Lukasiewicz diría: "lo que hay" es el valor de las variables existencialmente cuantificadas"; "lo que hace que haya" (o por lo menos "lo que permite que haya") lo que hay son las propias leyes, en cuya formulación entran esas variables. Pero es razonablemente previsible que el poeta no quedara satisfecho con esta escuálida respuesta.